

La Biblia y la iniciación en el conocimiento de Jesucristo

EDUARDO MALVIDO

I. La catequesis es una iniciación

Uno de los logros definitivos de la reflexión catequética de los últimos tiempos es el carácter iniciático (de iniciación) de la catequesis. Hasta hace poco tiempo no se distinguía la enseñanza catequística de la teológica. Aquélla era considerada como una teología simplificada y facilitada didácticamente para ser asimilada por los niños. Lo que definía a la catequesis no era el ser una forma determinada de ejercer el ministerio de la Palabra dentro de la Iglesia, sino el niño como único destinatario, para quien se adaptaba la compleja y difícil teología. Ahora, por el contrario, la catequesis aparece identificada con el cristiano, sobre todo con el adulto, que se halla en los comienzos no tanto de su adhesión y compromiso de vida cristiana cuanto de su conocimiento de Jesucristo. Se ha vuelto así en parte a los inicios del cristianismo, cuando se trataba de incorporar en la Iglesia a los adultos que habían manifestado deseos de ser cristianos.

El primer documento oficial universal sobre la catequesis, *Directorio Catequístico General*, de 1972, establece, ¡por fin!, como

diferentes estas cuatro formas de ejercer el ministerio de la Palabra en la Iglesia: la forma evangelizadora o misionera, la forma catequística, la forma litúrgica (homilía) y la forma teológica. Después de distinguir estas formas, el *Directorio Catequístico General*, n. 17, insiste en la estrecha relación que todas ellas guardan entre sí a la luz del mensaje cristiano:

«Para nuestro propósito es importante distinguir estas formas, cada una de las cuales obedece a sus propias leyes, aun cuando en realidad guardan entre sí una íntima conexión.»

En el documento de Juan Pablo II sobre la catequesis, *Catechesi Tradendae*, de 1979, se recoge y consagra ya para siempre la distinción que había hecho con anterioridad el *Directorio Catequístico General*. El Papa sitúa la enseñanza de la catequesis entre el primer anuncio del misterio cristiano o kerygma y la teología, que aborda también las cuestiones disputadas (cfr. *Catechesi Tradendae*, n. 21).

En la siguiente descripción de la catequesis elaborada por Juan Pablo II se advierte claramente que la característica distintiva de la catequesis consiste en ser un período de maduración de los catequizandos en su adhesión primera a Jesucristo:

«Más concretamente, la finalidad de la catequesis, en el conjunto de la evangelización, es la de ser un período de enseñanza y de madurez, es decir, el tiempo en que el cristiano, habiendo aceptado por la fe la persona de Jesucristo como el solo Señor y habiéndole prestado una adhesión global con la sincera conversión del corazón, se esfuerza por conocer mejor a ese Jesús en cuyas manos se ha puesto: conocer su "misterio", el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y las promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que El ha trazado a quien quiera seguirle»¹.

¹ Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae*, n. 20, La Exhortación Apostólica reitera el carácter de iniciación de la catequesis en otros números: 18, 21, 22, 23...

El documento del Episcopado Español, sobre la catequesis, *La catequesis de la comunidad*, de 1983, repite hasta la saciedad la misma caracterización: la catequesis es la etapa en la que se «capacita básicamente» a los catequizandos (n. 34, 46); la catequesis es «como el noviciado de los cristianos, es decir, el período de la maduración de la conversión inicial, la etapa en la que los convertidos se inician» (n. 46), «una iniciación» (cfr. n. 83-91).

Lo que caracteriza, por tanto, a la catequesis es que se trata de una enseñanza de fundamentación de los cristianos (lógicamente, adultos) en la religión cristiana, y no de una enseñanza de investigación científica de la Palabra revelada de Dios, que una vez adaptada al lenguaje y comprensión de la gente sencilla se convierte en catequesis.

II. La catequesis es una iniciación integral

Está claro que la catequesis es una iniciación..., pero una iniciación ¿en qué? Nada menos que *una iniciación en todas las dimensiones del existir del hombre*: en el conocer, en el esperar y en el actuar humanos. Kant formula estas tres dimensiones al final de su *Crítica de la razón pura* mediante las tres famosas preguntas: «¿Qué puedo saber? ¿Qué debo decir? ¿Qué puedo esperar?»².

En el siguiente *cuadro* pongo en primer lugar el trinomio kantiano referente a las tres dimensiones del vivir humano y debajo otras trilogías que se suelen emplear como sinónimas de las del filósofo alemán:

El lenguaje religioso, y más concretamente el *lenguaje cristiano*, se refiere a estas tres dimensiones con una *terminología*

² Kant, *Crítica de la razón pura*, Ed. Losada, 1965, t. II, p. 381. En el libro posterior *Lecciones sobre lógica*, Kant añade una pregunta más: «¿quién es el hombre?», pero en realidad no es una pregunta nueva, sino una síntesis de las tres anteriores.

1	2	3
<i>saber</i>	<i>esperar</i>	<i>hacer</i>
ideas	expectativas	acciones
teoría	utopía	realidad
dimensión noética	dimensión contemplativa	dimensión práctica
inteligencia	afecto	voluntad
cabeza	corazón	pies y manos
enseñanza	fiesta	vida
lenguaje doctrinal	lenguaje simbólico	lenguaje narrativo
razón teórica	razón simbólica	razón práctica

propia, que reproduzco a continuación, resaltando la primera trilogía por ser la denominación más utilizada:

1	2	3
<i>fe</i>	<i>esperanza</i>	<i>caridad</i>
dogma	culto	moral
profeta	sacerdote	rey
Verdad	Vida	Camino
palabra	sacramento	compromiso
<i>lex credendi</i>	<i>lex orandi</i>	<i>lex Christi</i>
predicación	celebración	testimonio
kerygma	koinonía	diakonía
teología	liturgia	moral
ortodoxia	doxología	ortopraxis
Hijo	Espíritu	Padre

La última trilogía (Hijo, Espíritu, Padre) nombra a cada una de las Personas de la santísima Trinidad, lo que da a entender

la íntima unidad humana que componen las tres dimensiones distinguidas. No son dimensiones yuxtapuestas, sino que se dan en la vida del hombre de un modo entrañable y correlativo.

Pues bien, cuando se afirma que la catequesis es una iniciación integral se quiere decir que dicha iniciación abarca todas las esferas de la vida humana del catequizando (su conocer, su esperar y su actuar) y que *en todas ellas debe hacerse realidad de modo básico, fundamental, la comunicación de Dios que se ha dado en Jesucristo y a través de Jesucristo.*

El documento *La catequesis de la comunidad* describe así de bien el carácter integral de la catequesis:

La catequesis «es la etapa (o período intensivo) del proceso evangelizador en la que se capacita básicamente a los cristianos para *entender, celebrar y vivir* el evangelio del Reino»...³.

III. La catequesis es una iniciación en el conocimiento de Jesucristo

A pesar de haber defendido que la catequesis es una iniciación integral, «abierta a todas las esferas de la vida cristiana» (*Catechesi Tradendae*, n. 21), *en el presente artículo me limitaré a una de las esferas vitales: al «entender... el evangelio del Reino», o al conocimiento de Jesucristo.*

Si renuncio aquí al estudio de la iniciación del catequizando en el estilo de vida cristiana, que es la iniciación principal, se

³ *La catequesis de la comunidad*, n. 34. El subrayado es un añadido mío. Juan Pablo II bautiza cristianamente las esferas de la vida humana con la denominación de «la enseñanza, la liturgia y la vida de la Iglesia» (cfr. *Catechesi Tradendae*, n. 27). Pablo VI gusta más de este otro trinomio cristiano: «Palabra, Memoria y Testimonio» (cfr. *Evangelii Nuntiandi*).

debe a que ya ha sido objeto de reflexión en el artículo anterior de este mismo número de la revista SINITE.

Si tampoco voy a ocuparme en lo que sigue de la iniciación del catequizando en la esfera de la dimensión directamente religiosa o contemplativa (la dimensión cultural) es por esta otra razón: porque dicha iniciación no es tenida en cuenta en la actual praxis sacramental de la Iglesia. En el momento presente no puede decirse que la iniciación en la vida litúrgica forme parte de un proceso en el que también intervienen global y coherentemente el vivir y el conocer cristianos de los catequizandos, como sucedía en el período más antiguo (hasta Constantino) de la organización del catecumenado⁴. Hoy día los sacramentos de la iniciación cristiana (bautismo, confirmación y eucaristía), que suelen ser administrados ordinariamente a niños, apenas tienen algo que ver con el estilo de vida y el grado de comprensión de las grandes verdades de nuestra fe por parte de semejantes pequeños receptores.

Pienso, por el contrario, que *la Biblia puede sernos de gran ayuda en el empeño actual de la Iglesia por dotar a los catequizandos adultos de un conocimiento fundamental sobre Jesucristo.*

El valioso servicio que la Biblia puede rendir a la catequesis no consiste, sin embargo, en los contenidos que figuran constitutivamente en la Palabra de Dios escrita⁵. Como síntesis de contenidos doctrinales para la catequesis, existen en la Iglesia expresiones más adecuadas que los diversos libritos del N. T. El mismo Juan Pablo II, por ejemplo, declara en su Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*, n. 28, que los Credos o los Símbolos de la fe son «una expresión privilegiada de la herencia» de la fe de la Iglesia:

«Una expresión privilegiada de la herencia viva que ellos han recibido en custodia se encuentra en el *Credo* o, más

⁴ Cfr. J. A. JUNGSMANN, *Catequética*, Ed. Herder, 1957, pp. 15-22.

⁵ *Dei Verbum*, n. 10: «La Tradición y la Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia.»

concretamente, en los Símbolos que, en momentos cruciales, recogieron en síntesis felices la fe de la Iglesia»⁶.

El enorme enriquecimiento que la Biblia puede deparar a los catequizandos adultos en su iniciación en el conocimiento de Jesucristo tiene más bien esta otra vertiente: *es un enriquecimiento no en el orden de los contenidos doctrinales, sino en el orden del modo de pensar a Dios.*

IV. 1.^a Aportación de la Biblia: Pensar a Dios en hechos

Nosotros los occidentales pensamos ideas, formulamos teorías, elaboramos cosmovisiones, clasificamos conceptos, los subdividimos, los distinguimos...⁷ *Esta manera «ideo-lógica» de pensar la extendemos al mismo Dios* y así se oye hablar de «teología teórica», de «teología especulativa», de «teología discursiva», de «teología argumentativa»... Y hasta estimamos como más seria, rica y fiable la catequesis que esté confeccionada de acuerdo con el patrón rectilíneo y preciso de los Manuales de Teología.

La Biblia, sin embargo, no se expresa así, reflexivamente, sobre Dios, sino narrativamente, contando la comunicación de Dios a través de determinados hechos

El Dios de la Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, es el Dios de la historia.

⁶ De hecho, el *Catecismo de la Iglesia católica* sigue el Símbolo de los Apóstoles como esquema expositivo de la profesión de la fe cristiana (1.^a parte del Catecismo).

⁷ Estoy seguro de que M. de Unamuno corregiría esta frase: «pensamos ideas» por esta otra: «pensamos palabras», queriendo decir con la frase última que el lenguaje colabora correlativamente con el espíritu en la génesis y desarrollo del pensamiento humano. Unamuno solía afirmar en este sentido que «la lengua no es la forma, el cuerpo o la envoltura del pensamiento, sino que es el pensamiento mismo». Cfr. E. MALVIDO, *Unamuno a la busca de la inmortalidad*, Ed. San Pío X, 1977, pp. 81-88.

En las diversas religiones se advierten distintas experiencias preferenciales de la vida (la naturaleza exterior, la interioridad humana y la historia), a partir de las cuales se establecen relaciones peculiares con la divinidad. *En el caso de Israel, la experiencia religiosa con Yahvé mira el campo de la historia como su campo preferente.* Esto no quiere decir que el pueblo israelita desconozca por completo la experiencia de encuentro con Dios a partir del cosmos (cfr. *Sal* 8; 104) o a partir de la interioridad del ser humano (cfr. *Sal* 63; 139), sino que Israel otorga a Yahvé un papel destacado en el cuadro general y en la realización parcial de su historia como pueblo.

En las religiones de la naturaleza y de la interioridad humana, en cambio, los hechos históricos carecen de toda significación global. Si tienen alguna repercusión religiosa, ésta es puntual y pasajera. Temístocles, por ejemplo, después de la batalla de Salamina, reconocía así la asistencia divina en aquel trance de peligro histórico para los griegos: «No hemos sido nosotros, han sido los dioses y los héroes quienes lo han hecho». Y en ese reconocimiento aislado acababa su experiencia religiosa.

La afirmación de que el Dios israelita es el Dios de la historia hay que entenderla, por tanto, en el sentido de que *Yahvé interviene salvadoramente en los múltiples sucesos del pueblo israelita con un plan de conjunto previa y amorosamente diseñado por El.* En esto radica la originalidad de la experiencia religiosa de los israelitas: en que ven la intervención de Dios a favor de su pueblo como *una actuación continua y planificada.* Por esto, puede decirse que los hebreos han sido los inauguradores de un nuevo modo de relacionarse con Dios:

«Podemos decir con toda justicia que los hebreos fueron los primeros en descubrir la significación de la historia como epifanía de Dios.»⁸

⁸ MIRCEA ELIADE, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, Ed. Cristiandad, t. I, p. 372.

El Credo de Israel no contiene declaraciones sobre la divinidad que sólo le competan a ella, calificaciones abstractas sobre Yahvé que nada tengan que ver con el curso existencial de los israelitas. Al contrario, Yahvé se define por los actos que realiza en favor del pueblo elegido. Yahvé es, según concepción de la religión judaica, un Dios histórico, activo, dinámico, funcional, «económico». Recuérdese el Credo que el fiel israelita debía pronunciar cada año cuando llevaba las primicias de los productos de la tierra para ofrecérselos a Yahvé:

«⁴El sacerdote tomará de tu mano la cesta y la depositará ante el altar de Yahvéh tu Dios. ⁵Tú pronunciarás estas palabras ante Yahvéh tu Dios:

“Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y fue a refugiarse allí siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, poderosa y numerosa. ⁶Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. ⁷Clamamos entonces a Yahvéh Dios de nuestros Padres, y Yahvéh escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, ⁸y Yahvéh nos sacó de Egipto con mano fuerte y tenso brazo en medio de gran terror, señales y prodigios. ⁹Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel. ¹⁰Y ahora yo traigo las primicias de los productos de la tierra que tú, Yahvéh, me has dado» (*Deut* 26, 4-10).

En el Credo transcrito, los productos naturales se cargan de historia, pero de una historia sagrada: el judío fiel reconoce la mano de Yahvé no sólo en la ofrenda presente, sino sobre todo en las precedentes y sucesivas intervenciones extraordinarias de Yahvé en la historia israelita, que han hecho posible que sea un judío de origen arameo quien ahora y aquí, en la antigua tierra de Canaán, esté presentando las primicias de la cosecha. Los judíos consideran a Yahvé (su sabiduría, su omnipotencia, su fidelidad...) a la luz de los hechos más sobresalientes de su historia. Entre ellos, *el éxodo de las tierras egipcias constituye el centro del Credo veterotestamentario* (cfr. el

citado texto *Deut* 26, 4-10; 6,20-24; *Jos* 24,2 s.; *Is* 51, 9-11; *Sal* 136;...).

Y *¿qué pasa con el Dios del N. T.? ¿Sigue siendo el Dios de la historia?*

La religión cristiana estaba integrada en sus comienzos por fieles provenientes de la religión de Israel, del judaísmo. *El mismo Fundador del cristianismo, Jesús de Nazaret*, era un judío que había nacido y crecido dentro de la cultura judía, dentro, por consiguiente, de esa experiencia de Dios como un Dios relacionado con los hombres, sobre todo en y a través de las realidades históricas.

Los cristianos, que dan cuenta de su fe en el N. T., siguen viendo la epifanía de Dios como los judíos antecesores y los contemporáneos suyos: en el ara movediza de la historia.

En los *Evangelios* los cristianos han dejado constancia de la singular revelación de Dios a través de la historia de Jesús de Nazaret. *Pero los Evangelios testimonian sobre todo la intervención definitiva de Dios a través de un acontecimiento de naturaleza metahistórica, escatológica: la resurrección de Jesús de entre los muertos*. El anuncio de semejante hecho es lo que verdaderamente justifica el significado etimológico de los «*Ev-angelios*» = Buena Nueva. En el sentido de que proclaman la «Buena Nueva» de la resurrección de Jesús, todos los libritos del N. T. son auténticos «*Ev-angelios*», no sólo los escritos así denominados. Asimismo, del conocimiento de la resurrección de Jesús nació la Iglesia (cfr. *Hech* 2,1 s.).

La resurrección de Jesús muerto y resucitado es un acontecimiento escatológico que remite al poder divino más que cualquier hecho de la historia y de la creación. No existe ninguna intervención de Dios que manifieste más la energía divina que la acción resucitadora ejercida por Dios sobre el muerto, pero todavía no aniquilado corrompidamente por la muerte, Jesús de Nazaret. Por esto, *los primeros cristianos definen a Dios, particularmente Pablo, como aquel Dios que ha resucitado a*

Jesús de entre los muertos y que nos resucitará a nosotros a imagen y semejanza suya:

«Creemos en Aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor nuestro» (Rom 4,24)⁹.

Vemos, pues, cómo el Dios del N. T. —el Dios específicamente resucitador— actúa más dinámicamente que el Dios de la historia del A. T. *Los cristianos debemos acostumbrarnos a pensar a nuestro Dios narrativamente, esto es, a través de los hechos creacionales, históricos y escatológicos de Dios, particularmente a través de estos últimos.*

No sólo la teología cristiana debe ser una teología narrativa¹⁰, sino sobre todo la catequesis. ¿No son los *Evangelios* —relatos narrativos de la acción histórica y escatológica de Dios en Jesús de Nazaret— los primeros textos catequísticos, en sentido cronológico y cualitativo?¹¹.

V. 2ª Aportación de la Biblia: Pensar a Dios en personas concretas

Las ideas son impersonales. Incluso cuando pensamos a Dios, resulta un Dios despersonalizado, desindividualizado. El Dios-

⁹ Cfr. Rom 8,11; Gál 1,1; 1 Cor 6,14; 2 Cor 4,14; 1 Tes 1,10; ...

¹⁰ J. B. METZ lleva años cantando las excelencias de una teología narrativa e incitando a los teólogos para que emprendan la elaboración de una teología cristiana en esa línea, pero con poco éxito. Cfr. su artículo *Breve apología de la narración*, en *Concilium* 85 (1973), pp. 222-238.

¹¹ Escribe JUAN PABLO II en *Catechesi Tradendae*, n. 11: «Los Evangelios que, antes de ser escritos, fueron la expresión de una enseñanza oral transmitida a las comunidades cristianas, tienen más o menos una estructura catequética. ¿No ha sido llamado el relato de San Mateo evangelio del catequista, y el de San Marcos, evangelio del catecúmeno?»

La catequesis de la comunidad reafirma, por su parte, n. 70, el carácter catequístico de las narraciones de los evangelios sinópticos: «En general, se puede decir que los evangelios sinópticos pertenecen al género "didajé", y son la expresión escrita de una enseñanza catequética oral, transmitida a las comunidades cristianas.»

razón, el Dios-lógico, el Dios-filosófico... no es ciertamente el Dios de la Biblia.

En la Biblia, Dios, como se ha visto, se manifiesta históricamente, pero, más que en los hechos históricos en cuanto tales, Dios se revela a través de las personas humanas que intervienen en esos hechos. Ya veremos cómo en el N. T. Dios Hijo llega a hacerse personalmente presente en una historia de fracaso y en una muerte —la crucifixión— que es enjuiciada por el A. y por el N. T. como «maldita» a los ojos de Dios (cfr. Deut 21,23; Gál 3,13).

Es fácil separar en la lectura de la historia sagrada aquellos hechos históricos de Israel —pocos— que podemos calificar de venturosos de aquellos otros hechos —muchos— que los historiadores no dudan en llamarlos «desgracias históricas».

Según la Biblia, los israelitas al principio veían la intervención de Yahvé en los acontecimientos felices de su historia como pueblo y como individuos. Las derrotas bélicas, las deportaciones, las enfermedades, la muerte individual... no eran responsabilidad de Yahvé, el Salvador de Israel, sino castigo por las infidelidades cometidas, ya sea por todo el pueblo israelita o por sus jefes, ya sea por cada uno de los miembros integrantes del pueblo en particular.

Poco a poco —sobre todo por parte de los profetas—, Israel centra el cumplimiento de las promesas salvadoras de Yahvé en la conversión del corazón humano. Es en los escritos de los profetas, efectivamente, donde encontramos textos insólitos relativos a la renovación antropológica. Y es que fueron ellos los que descubrieron que la calidad extraordinaria del reino mesiánico prometido por Yahvé va haciéndose realidad no en el logro de metas históricas terrenales, sino en el hombre nuevo, en el israelita de corazón fiel a Yahvé:

«Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras manchas y de todos vuestros ídolos os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros

un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas. Habitaréis la tierra que yo di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios.» (Ez 36,25-28; cfr. Jer 31,31-34; Is 55,3-5).

La Biblia hace surgir así de la borrosa historia de los comienzos de la humanidad y de la deslucida historia de Israel figuras modélicas de carne y hueso, fieles a los designios salvadores de Dios: Abel, Henoc, Noé, Abrahán, Isaac, Jacob, José, Moisés, los jueces (Gedeón, Barac, Sansón, Jefté...), David, Samuel, los profetas (Amós, Oseas, Isaías, Jeremías...). A esta enumeración de *Heb 11,1 s.*, hay que añadir los nombres personales de otros muchos justos del A. T. y especialmente los nombres de los mártires del Yahvismo del siglo II antes de Cristo, durante la persecución de Antíoco IV Epifanes. *La continuidad entre la historia de la salvación del A. T. y del N. T. tiene lugar* no en los acontecimientos históricos (que en líneas generales hay que calificar de netamente insatisfactorios en cuanto al cumplimiento de la promesa salvadora de Yahvé), sino *en la fidelidad y confianza en Yahvé salvador* por parte de personas históricas concretas, *en la comunión de corazones humanos* con el plan recóndito y sorprendente de salvación del Dios de la Biblia.

«El hilo de la continuidad entre la historia de salvación antigua y nueva es la comunión con Dios, que es el Dios de los vivientes; esta comunión rebasa la frontera del juicio, de la disolución cósmica y de la muerte individual. El judío fiel cree en eso con una confianza inquebrantable. Si se comporta en su vida en armonía con esa comunión, después de morir, permanecerá en la comunión salvadora de Dios. Pero tal «armonía» de la conducta es muy diversa en las distintas épocas: pacificación política y justicia social en los profetas del exilio; vigilancia y disposición a seguir los caminos liberadores en el déutero-Isaías y

trito-Isaías; fiel observancia de la ley en los escritores post-texílicos y especialmente en la apocalíptica»¹².

Si la revelación del Dios de la historia tiene lugar, más que en los hechos históricos, en las personas concretas que viven esos sucesos, esta afirmación se aplica muy especialmente a la persona de Jesús de Nazaret, que es el centro de atención de todos los escritos del N. T.

Según el N. T., el nuevo nivel alcanzado en la persona concreta de Jesucristo, *desde el punto de vista de la revelación de la divinidad*, es el propio del Hijo único de Dios:

«¹De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; ²en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos.» (*Heb 1,1-2*)¹³.

Según también el N. T., pero esta vez *desde el punto de vista de la salvación de la humanidad*, la actualización operada en Jesucristo pertenece a otro orden, al orden escatológico, de modo que ahora la salvación o condenación escatológicas de Dios respecto de todos los hombres (no sólo de los judíos) depende de la aceptación o rechazo de Jesucristo:

«¹⁰sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que ha sido por el nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por su nombre y no por ningún otro se presenta éste aquí sano delante de vosotros. ¹¹El es la *pedra*

¹² MEDARD KEHL, *Escatología*, Ed. Sígueme, 1992, p. 127. En la página siguiente, el autor reproduce un fragmento del texto titulado «Jossel Rackower le habla a Dios», del año 1943, que es un testimonio sobrecogedor de la confianza del fiel judío «en la comunión permanente con Dios en la vida y la muerte»

¹³ Cfr. *Mt* 11,27; *Lc* 10,22; *Jn* 1,18;...

que vosotros, los constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular. ¹²Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (*Hech 4,10-12*) ¹⁴.

Es en la persona de Jesús de Nazaret donde se realiza plenamente por primera vez el plan salvífico de Dios sobre la humanidad. No sólo la historia trágica de Jesús revela hasta dónde llega la comunión de Dios con la humanidad, sino que también la resurrección de Jesús deja al descubierto cuál es el final de la comunión de la humanidad con Dios.

Por esto, después de la resurrección de Jesús, *los cristianos, en vez de continuar anunciando el «reino de Dios»* (que corría el peligro de ser comprendido veterotestamentariamente), *predican a Jesucristo, el evangelio de Jesucristo.*

«Pero lo más importante es la observación de que en los discursos misionales ya no se vuelve a citar en lo más mínimo el reino de Dios; sólo lo hallamos siete veces a través de toda la obra de los *Hechos*, frente a 39 veces en el evangelio de Lucas. Por el contrario, el núcleo de todos estos discursos está integrado por la predicación sobre Cristo, concretamente el mensaje de los milagros y curaciones de Jesús desde su bautismo, de su crucifixión y resurrección» ¹⁵.

Por esto también, por su obediencia filial al Padre hasta la muerte y muerte de cruz y sobre todo por haber sido el único Resucitado por el Padre, el N. T. presenta la persona concreta de Jesús como la máxima realización del plan salvífico divino: *Jesús de Nazaret —el Crucificado Resucitado— es más, mucho más que todos los otros mediadores del Dios del A. T.:* más que Abrahán (cfr. *Jn 8, 52-59*), más que Moisés (cfr. *Jn 1,17*),

¹⁴ Cfr. *Mc 16,15-16; Jn 3,17; 10,9; Rom 10,11-13; 1 Tim 2,3-6; 2 Tim 1,9-10; Ef 1,5-10; Col 1,15-20;...*

¹⁵ R. SCHNACKENBURG, *Reino y reinado de Dios*, Ed. FAX, 1967, p. 241.

más que David (cfr. *Hech* 2,29-36), más que Salomón (cfr. *Mt* 12,42), más que Jonás (cfr. *Mt* 12,41), más que Juan el Bautista (cfr. *Jn* 1,26-27)...

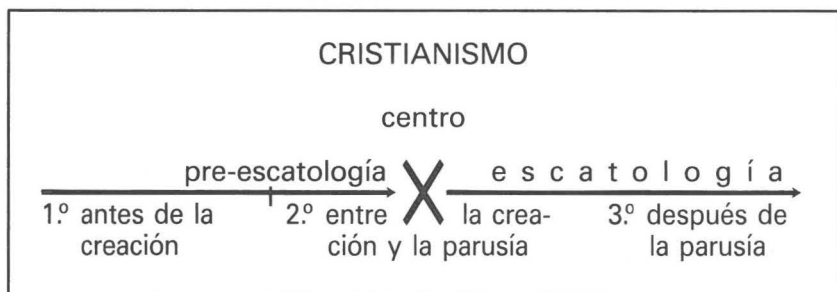
Pienso que en catequesis es necesario presentar al Dios revelador y salvador «encarnado» en hombres reveladores y salvadores concretos. *Sobre todo habrá que hablar de Dios en la persona de Jesús de Nazaret, el Crucificado Resucitado.* El Dios de la historia —de esta historia— y el Dios de la resurrección se torna —especialmente para los catequizandos— más inteligible, creíble y admirable en la figura humana de Jesús de Nazaret.

VI. 3.^a Aportación del N. T.: Pensar a Dios a la luz del Dios histórico y resucitador de Jesús de Nazaret

En los dos apartados últimos hemos defendido una línea de continuidad progresiva entre el A. y el N. T. Hablábamos de aportaciones de la «Biblia», así, en su totalidad:

- Porque el Dios que se había manifestado en el A. T. en hechos históricos continuaba haciéndolo en el N. T., yendo, esto sí, más allá del orden de los hechos históricos e inaugurando, mediante la resurrección de Jesús, el orden escatológico del poder de Dios.
- Y porque el Dios que en el A. T. se había revelado «de una manera fragmentaria y de muchos modos a nuestros Padres por medio de los Profetas» (*Heb* 1,1), últimamente, en el N. T., lo había hecho de manera plena y definitiva en la persona de su Hijo humanado.

Del A. al N. T. se observa ciertamente un progreso asombroso de la revelación y de la salvación de Dios, y por esto escribíamos en los encabezamientos anteriores: «1.^a y 2.^a aportación de la *Biblia*». En este encabezamiento, sin embargo, se



En el cristianismo sigue viva la misma concepción lineal del tiempo de salvación que en el judaísmo. La única pero colosal diferencia entre ambas religiones consiste en la ubicación del centro de la historia de la salvación. Con el adelantamiento del centro del tiempo salvífico (del futuro al pasado), los primeros cristianos no han creado, sin embargo, con Cristo, una nueva concepción del tiempo de la salvación, sino una nueva división en dicho tiempo.

¿Cómo llegó la Iglesia primitiva a semejante división, revolucionaria, del tiempo de la salvación? ¿Qué acontecimiento les hizo concluir que Dios se había revelado salvadoramente en Jesucristo hasta el punto de que no había que esperar nada decisivo, causal, después de él?

El Nuevo Testamento es diáfano, vigoroso y unánime en la respuesta: *la Pascua, la resurrección de Jesús muerto crucificado es el acontecimiento que impulsó a los primeros cristianos a adelantar el centro desde el tiempo aún futuro al tiempo ya pasado de Jesús de Nazaret.* El Nuevo testamento ubica dicho centro revelador de Dios y salvador de los hombres *exactamente en Jesucristo en cuanto resucitado.*

Aquí y allí se oye decir que el A. T. tiene también su Pascua, su centro en el pasado: en *el éxodo israelita* de la cautividad egipcia. Nadie pone en tela de juicio la importancia nuclear que el acontecimiento de la liberación de los israelitas del poder

egipcio tiene en el Credo judaico (recordamos de nuevo algunos pasajes: *Deut* 6,20-24; 26,5-9; *Jos* 24,2 s.; *Is* 51,9-11; *Sal* 136...). Pero semejante hecho histórico no hizo cambiar para la mirada de los judíos la orientación futurista de la promesa salvadora de Yahvé y ubicar en el pasado histórico de Israel el centro de la decisiva intervención salutífera de Dios. *Los fieles judíos continuaron mirando siempre en el horizonte del futuro el cumplimiento de la promesa salvífica divina*. Los profetas se diferencian de los restantes judíos en la calidad de sus expectativas respecto del don divino, no en que tuvieran la mirada puesta en el pasado de la historia israelita: en su éxodo de Egipto.

«Lo que distingue al mensaje de los profetas de toda la teología de Israel, fundamentada histórico-salvíficamente, que había habido hasta entonces, es que los profetas esperan todo lo decisivo para la existencia de Israel, vida y muerte, de un suceso divino que está por venir»¹⁸.

El acontecimiento del éxodo se convirtió, esto sí, en *el símbolo-estrella a la hora de expresar* la salvación futura del «día de Yahvé»:

«Los profetas tenían la opinión de que la última salida de Yahvéh contra sus enemigos tendría lugar bajo los mismos signos que en las épocas antiguas. No cabe duda de que esa idea de la intervención bélica de Yahvéh ha aumentado enormemente en la visión de los profetas, pues concernirá a todos los pueblos, y aun a toda la creación. El suceso se ha extendido hasta alcanzar las proporciones de un fenómeno cósmico»¹⁹.

Los cristianos, en cambio, hablan del hecho *sucedido ya* de la resurrección de Jesús, de la Pascua de Jesús *acontecida en el pasado*, como del cumplimiento perfecto de la salvación

¹⁸ VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento*, Ed. Sígueme, 1980, vol. II, p. 154.

¹⁹ VON RAD, *o.c.*, p. 161.

de Dios en el caso personal de Jesús y como del hecho causal, fundante, de la salvación de todos los hombres restantes.

El Dios que se manifiesta en Jesús es no sólo el Dios de la historia (esto tiene en común con el Dios de Abrahán, Isaac, Jacob...), sino también el Dios resucitador.

El Dios de la historia que se revela como en ningún otro en Jesús es un Dios enamorado de los hombres, respetuoso con la libertad de los hombres, con las leyes de la historia («la ley del más fuerte»), preocupado por atender preferencialmente a los pobres... En este Jesús de la historia es donde mejor podemos comprobar hasta dónde ha sido Dios capaz de «entregarse» en su amor por la humanidad...

Pero Dios es también el Dios de la Vida y es capaz de resucitar a la humanidad, como lo ha demostrado resucitando a su Hijo Jesucristo, obediente, en su fidelidad al Padre, hasta la muerte y muerte de cruz. *Este Dios resucitador es la gran novedad revelada por Jesucristo*, en comparación con el Dios de la historia de los profetas del A. T.

Los catequizandos, muy a menudo, suelen separar en Dios al Dios de la historia del Dios de la resurrección, como si fueran dos dioses distintos. Sobre todo cuando las cosas de la vida no le ruedan bien, con éxito, el corazón del catequizando suele huir de la dureza de esta vida y refugiarse en la vida escatológica del cielo, en la otra vida. El Dios cristiano es, al mismo tiempo, el Dios de la historia (pero tal como se manifestó en las actitudes con que Jesús de Nazaret vivió esta vida) y el Dios de la Vida victoriosa, imperecedera...

En la iniciación de los catequizandos en el conocimiento de Jesucristo es tarea prioritaria que vayan asumiendo al Dios entero, completo, de Jesús de Nazaret. Es el mejor tesoro que Jesús tiene para regalar a los hombres: su experiencia religiosa de un Dios que es historia de amor por los hombres hasta la muerte de cruz y de un Dios que es capaz de salvar a los

hombres de la muerte para hacer que vivan perpetuamente felices con El.

Sabido es que el hombre contemporáneo —y, por lo tanto, también nuestros catequizandos—, por la serie asombrosa de progresos científicos-técnicos que han presenciado y están presenciando, se creen seres humanos extraordinarios, que tienen que ver poco con los hombres de las épocas precedentes. El hombre contemporáneo no tiene memoria del pasado ni de sus antepasados. Y, sin embargo, tratándose de la experiencia cristiana de Dios, *es imprescindible que en la catequesis se vuelva constantemente al pasado de la vivencia de fe de Jesús de Nazaret en un Dios histórico y resucitador*, a las raíces de la fe, esperanza y caridad específicamente cristianas. Nadie mejor que Jesús de Nazaret para adentrar a los catequizandos en el conocimiento y experiencia del Dios de la historia y de la resurrección.